Sr. Rector Magnífico de la Universidad Miguel Hernández de Elche, Sra. Secretaria General, Sr. Presidente del Consejo Social, dignísimas autoridades, Profesor Dr. Marcus Felson, compañeros del Claustro de Doctores de la Universidad, doctores y profesores de Criminología venidos de otros lugares de España, queridos alumnos, señoras y señores, permítanme la licencia de comenzar esta Laudatio leyéndoles un fragmento de un libro que, probablemente, la mayoría de ustedes identifiquen inmediatamente.

*- Hubiese sido mejor venir a la misma hora –dijo el zorro-. Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, comenzaré a ser feliz desde las tres. Cuanto más avance la hora, más feliz me sentiré. A las cuatro me sentiré agitado e inquieto, ¿descubriré el precio de la felicidad? Pero si vienes a cualquier hora, nunca sabré a qué hora preparar mi corazón… Los ritos son necesarios.*

*- Qué es un rito? –dijo el principito.*

*- Es también algo demasiado olvidado –dijo el zorro-. Es lo que hace que un día sea diferente de los otros días; una hora de las otras horas. Entre los cazadores, por ejemplo, hay un rito. El jueves bailan con las muchachas del pueblo. El jueves es, pues, un día maravilloso. Voy a pasearme hasta la viña. Si los cazadores no bailaran en día fijo, todos los días se parecerían y yo no tendría vacaciones.*

Aunque este precioso párrafo del clásico de Saint Exupery encierra mucho más allá de lo aparente, hay tres ideas obvias que me interesa destacar dado que marcarán el camino de mi discurso: la primera, el significado de los ritos; la segunda, la importancia de las rutinas; la tercera, la fuerza de la sencillez, la capacidad expresiva que tienen las ideas simples, más cuando dentro de ellas encierren reflexiones complejas.

Comenzaré, como el zorro, por reivindicar la importancia de los ritos. Éstos, aun los más sencillos y cotidianos, nos ayudan a comprender la auténtica relevancia de las cosas. No abrazamos a todo el mundo, sino generalmente a los que queremos; no nos ponemos siempre guantes, sino cuando los necesitamos por el frío o para cubrir las manos; solemos utilizar el usted u otras denominaciones para referirnos a ciertas personas, y no siempre usamos el mismo tipo de ropa, sino que la cambiamos según la actividad que realicemos. Si no lo hiciéramos así, si abrazásemos a todo el mundo o vistiésemos siempre igual, no podríamos diferenciar, nos comunicaríamos mal, pues las cosas especiales, para serlo, necesitan ritos que lo acrediten y que hagan sencilla la comprensión.

El de hoy es un rito. También hay abrazos, guantes, nomenclaturas y ropas distintivas, pero su procedencia, su color, su nombre y su forma respectivamente son distintos, porque también lo es su significado. El abrazo de bienvenida del Rector, el blanco de los guantes, el nombre de “honoris causa” y la ropa que recibirá hoy el Profesor y Maestro para muchos, Marcus Felson, responden a un sentido que luego expresará el Rector y que resulta muy especial para los que llevamos, generalmente con disimulo, el no siempre ponderado, usualmente poco útil pero indiscutiblemente difícil de lograr, título de Doctor. Al fin y al cabo, el rito de hoy conlleva investir Doctor a alguien, aunque no se trata exclusivamente de eso. Hace ya muchos años, concretamente cuarenta y uno, que Marcus Felson obtuvo su Ph.D. en la prestigiosa Universidad de Míchigan. Tampoco el acto de hoy significa que es Doctor por nuestra Universidad Miguel Hernández de Elche. No leyó ni leerá aquí la tesis, ni falta que le hace, permítanme la expresión. Al ser Doctor se es universalmente. Es algo que a veces no apreciamos, pero es uno de los pocos títulos que no necesita ser homologado para ser válido en cualquier lugar.

El rito de hoy supone lo anterior y va más allá de lo anterior y ese es su significado más puro. Con este abrazo, esos guantes, y demás, hacemos una excepción, nos saltamos una regla, una de las importantes, la de que sólo se abraza aquí y se dan esos guantes a quien lea la tesis doctoral en esta Universidad. Ahí está la grandeza del acto, en que es algo excepcional, algo fuera de lo usual. Y es la razón de esa irregularidad, de esa excepcionalidad, la que le da todo su sentido. En el rito de hoy aquellos que somos doctores recibimos entre nosotros, sin que haya seguido los cauces habituales, a alguien que por sus méritos científicos, por su relevante aportación al mundo, se ha hecho merecedor de ello. Por eso esta Laudatio tratará de lograr algo sencillo: justificar la excepción mostrando la excepcionalidad, reconociendo como igual, entre los doctores, a alguien que, en realidad, por lo menos en cuanto a la excelencia de su ciencia, no lo es.

Afrontando pues la glosa de Marcus Felson con ese objetivo primero de mostrar lo excepcional del hombre para justificar la excepcionalidad del acto, he de reconocer que es esta una tarea enormemente sencilla. Al menos eso me transmitió hace unos meses mi compañero de fatigas y proyectos Francisco Bernabeu cuando me dijo estas palabras: “hombre, cuando haces honoris causa al mejor no tienes mucho que justificar, lo dices, lo haces y punto”. No me dirán que no es un argumento potente, e incluso perfecto para ahorrarnos tiempo de acto; pero dado que queríamos respetar los ritos, permítanme presentarles brevemente a este hombre de pelo blanco que rezuma humanidad que está hoy aquí con nosotros. Y déjenme que les hable de su ciencia, fiel y libre extensión del Profesor Felson: fiel porque es un claro reflejo de la personalidad de un hombre abierto, claro, directo, empático y afable; libre, porque ha ido mucho más allá de su creador convirtiéndose en ciencia universal y accesible para todos.

Y es que Marcus Felson, el hombre con el que hacemos hoy una excepción, nacido en la magnífica ciudad de Chicago, tiene múltiples méritos de esos que impactan cuando se leen conjuntamente. Graduado en Sociología en 1969 en la Universidad de Chicago, se doctoró en la Universidad de Míchigan en 1973, comenzando al poco tiempo su carrera en la University of Illinois, trasladándose después a la University of Southern California, y, en 1995, a la prestigiosísima Universidad de Rutgers, en New Jersey, donde fue director del Center for Crime Prevention Studies hasta 2010 cuando se trasladó a la School of Criminal Justice en la Texas State University. Miembro de la Royal Academy of Arts and Sciences de Holanda, Premio Nacional “Educational Finance and Productivity Center” de Estados Unidos, Premio Paul Tappan 2001-2002 de la Western Society of Criminolog y miembro del Social Science Research Conuncil del Center for Social Indicators, el Profesor Felson ha sido profesor visitante en decenas de universidades, entre ellas, la Simon Fraser University en Vancouver, la School of Urban and Public Affairs, la Carnegie-Mellon University, o el Netherlands Institute for the Study of Crime and Law Enforcement, y ha impartido conferencias en más de cien universidades de todo el mundo. Cuenta en su haber con más de 200 publicaciones, entre monografías, capítulos de libro y artículos, alguno de los cuales de un impacto científico elevadísimo, como el mítico “Social Changes and Crime Trends”, el artículo más citado en ciencias sociales en los últimos treinta años; o como el imprescindible libro *Crime and Everyday Life* del que se han publicado cuatro ediciones, o el más reciente *Crime and Nature*.

 Pero lo que convierte en excepcional a Marcus Felson no es esta lista, sino sus estudios teóricos y su ciencia empírica. Marcus Felson es uno de los autores que mayor impacto ha tenido en el ámbito de la Criminología, en general, y en las ciencias del crimen en particular, por la formulación, junto a Cohen, y por su posterior desarrollo de la Routine Activity Theory, germen de las teorías criminológicas de la oportunidad.

Si el primer hilo conductor eran los ritos, el de hoy nos lleva ahora al segundo hilo, a las rutinas que, recordarán, eran bien importantes, por lo menos para el zorro que está tranquilo los jueves pues sabe que el cazador está de baile. Lo cual por cierto, y si me permiten extender el análisis, convierte el que es un buen día para el zorro, en un mal día para las uvas de la viña o, mejor, para el viticultor.

La Routine Activity Theory o Teoría de las Actividades Cotidianas, debe mucho a la propia cotidianeidad de Felson: durante su infancia, observando el amor por el estudio y la lectura de su madre Virginia y la capacidad sistematizadora de su padre, Ben, médico radiólogo; y en su juventud, al realizar su Bachelor en el lugar donde poco antes se había desarrollado la Escuela Sociológica de Chicago, y al descubrir la Criminología como asignatura en sus estudios de Máster. Todo ello fomentó una curiosidad por el estudio, en general, y por el del crimen, en particular, que explotaría como interés científico cuando, ya como Assistant Professor, investigó la aplicación de modelos econométricos para la observación de cientos de indicadores sociales en Estados Unidos en el periodo comprendido entre 1947 y 1974. Pese a que no era el propósito inicial del trabajo, Felson encontró una serie de datos relacionados con la delincuencia que contradecían los postulados de la sociología clásica: mientras que los indicadores de bienestar y las condiciones socioeconómicas, como la pobreza o la baja escolarización y el desempleo, hasta entonces consideradas causas de la delincuencia violenta, habían experimentado en general una notable mejoría en la década de los sesenta, los informes sobre las tasas de criminalidad indicaban que se estaba produciendo un importante aumento de los delitos en esos años. Que las teorías tradicionales no pudiesen explicar el exagerado aumento de la delincuencia en esos años, llevó a Felson a centrar en tal tópico sus investigaciones. Esa es una de las grandes características que hacen único a Felson, su búsqueda incansable de la verdad, su intento por superar las explicaciones obtusas y su empeño en comprender y explicar las cosas en términos tangibles, sencillos.

Después de años de investigación en solitario, Felson se unió al criminólogo Lawrence Cohen para publicar en la American Sociological Review el seminal y ya histórico artículo “Social Change and Crime Rate Trends: A Routine Activity Approach”. La hipótesis era tan sencilla como revolucionaria: las actividades del día a día en las que se organizaba la sociedad tras la Segunda Guerra Mundial habrían incrementado la delincuencia al haber facilitado la aparición de oportunidades delictivas propiciadas por la convergencia en el espacio y el tiempo de tres elementos; un delincuente motivado, un objetivo adecuado y la ausencia de un guardián capaz de evitarlo, o, si me permiten el ejemplo, el zorro y las uvas, en ausencia del vigilante que está bailando los jueves. Así, la incorporación de la mujer al trabajo y su acceso a la educación superior, la prolongación de la duración de las vacaciones y los viajes fuera de la ciudad o los permanentes desplazamientos de un lugar a otro, incrementaban los contactos con los posibles delincuentes y dejaban los hogares vacíos y sin protección. Por otra parte, los avances tecnológicos realizados durante este período favorecieron la aparición y consumo de pequeños equipos de elevado valor económico y fáciles de sustraer; la popularización del automóvil ampliaba el campo de actuación de los agresores y la aparición de los cajeros automáticos aumentó la movilidad del dinero y de bienes de consumo. En definitiva, el creciente número de objetos disponibles, el aumento de los hogares sin vigilancia y las mayores posibilidades de contacto directo entre las personas o sus propiedades y los delincuentes, propiciaba un incremento de los objetivos adecuados y una disminución de los guardianes capaces de prevenir los delitos y por tanto un mayor ámbito de oportunidad.

Ahí está ya el famoso triángulo del delito de Felson que desarrollarían posteriormente Eck y otros: el crimen, mostró por primera vez el que será Doctor por la Universidad Miguel Hernández, requiere que confluyan en el espacio y el tiempo en el transcurso de las actividades diarias de las personas: a) un delincuente potencial, esto es, con capacidad para llevar a cabo un delito; b) un objetivo o víctima apropiado para ser objeto del mismo, y por último; c) la ausencia de guardianes capaces de dar protección a objetivos y víctimas. El crimen sólo aparece si se dan, en el mismo lugar, estos tres elementos y, lo que es más importante, el crimen no existirá si desaparece cualquiera de los tres. De este modo Felson sigue situando al agresor en el centro de la ecuación para la comprensión del crimen, pero añade dos factores que apenas habían sido analizados hasta el momento y que resultarán claves para la prevención: los objetivos o víctimas, por un lado y los guardianes y gestores del lugar, por otro. Y, así, revoluciona de forma sencilla no sólo la comprensión de la Criminología sino su propio objeto: se trata del crimen, y no del criminal, y aunque se tiene que seguir trabajando en comprender por qué alguien comete delitos, hay que comenzar a desarrollar mucho más la Ciencia para entender por qué se suceden los delitos y cómo evitarlos, lo cual también se puede hacer reduciendo las oportunidades, modificando los lugares, introduciendo vigilantes, preparando mejor a la víctimas potenciales, etc. Creo que pocos discutirían aquí el poderosísimo impacto que en la Criminología y, aún más, en la propia aplicación práctica de la prevención del crimen, ha tenido esta teoría y posteriores desarrollos del propio Felson. En este sentido son tantas las aplicaciones y desarrollos debidos, en parte, a la Teoría de las Actividades Cotidianas, que enumerarlas aquí superaría lo tedioso. Aun así podrían destacarse todos los desarrollos de la prevención situacional del delito, los análisis de distribución espacial del delito superadores de los que se realizaban por la Escuela de Chicago; el estudio de la relación entre los nuevos estudios de victimización que buscan encontrar factores de riesgo a partir del comportamiento cotidiano de las víctimas potenciales; de hecho esta teoría ha sido ampliamente utilizada para estudiar entre otros, los delitos sexuales, los robos (o más recientemente la cibercriminalidad); y, finalmente, ha servido para la creación de buen número de avances tecnológicos diseñados, o reutilizados, para prevenir el delito tales como la vigilancia por medio de circuitos cerrados de televisión, el control de accesos por medio de identificadores, las barreras en los aparcamientos, los sistemas para aparcar las bicicletas, los cristales transparentes en las gasolineras junto a dispensadores de protección o diferentes dispositivos para la prevención de la conducción influenciada como el Alcohol Lock

Ese enorme impacto científico y práctico es fruto del gran poder expresivo de las teorías de Marcus Felson, lo cual, a su vez, es, en gran parte, debido a su poderosa simplicidad. Y sobre esto, sobre la relevancia de la simplicidad, que no del simplismo, no sólo en la literatura y en el arte como demuestra Eugene de Saint Exupery al definir con precisa sencillez el poder de la amistad, sino también en la ciencia, irá la última parte de esta Laudatio.

Recuerdo perfectamente la primera vez que me explicaron en una pizarra el triángulo del crimen. La idea me pareció muy simple, casi obvia, elemental, evidente. Recuerdo, además, cómo esa sencilla idea, que otros antes no habían tenido, en la que nadie, hasta que él la expresó, había reparado, me abrió la mente casi de forma instantánea, a como lo hizo, lo hace y lo hará con centenares de investigadores de todo el mundo que han desarrollado sus teorías para comprender y prevenir la delincuencia. Y quizás la razón principal de esta influencia sea la fuerza expresiva de la teoría derivada de su sencillez. Y es que si algo destaca sobremanera en todo el pensamiento criminológico de Marcus Felson es la búsqueda de la simplicidad como apoyo fundamental para lograr la comprensión de algo tan complejo como el crimen. El matemático y filósofo del Círculo de Viena, Philip Frank, dijo que sin simplicidad no existe la ciencia, y esta debe ser una premisa de Marcus Felson, tanto en la construcción de sus presupuestos teóricos y en su comprobación con estudios empíricos, como en la expresión de los mismos por medio de sus escritos. La lectura de los trabajos de Felson es, en este sentido, siempre apasionante, pues su redacción es clara y sus ideas aparecen reflejadas de forma simple, ello mientras explica cosas que a todos nos parecían antes enormemente complejas y gracias, eso me lo ha confesado en el ámbito privado, a que escribe y reescribe sus textos una y otra vez hasta que parecen sencillos. Lo mismo sucede con sus propias teorías: desde la propia idea de las actividades cotidianas, pasando por las famosas falacias del crimen, hasta llegar a la relación entre naturaleza y delito, Felson logra enfocar nuestra atención y nuestra comprensión de tal forma que mejora el análisis científico, pero siempre sin negar la complejidad de la realidad objeto de estudio. En este sentido la teoría de las actividades cotidianas tiene la fuerza expresiva de lo simple, no de lo simplista, dado que permite poner el acento de la comprensión y la prevención del crimen en ángulos que no habían sido abordados hasta el momento, pero sin pretender convertirse en una concepción omniexplicativa del fenómeno criminal. En un momento en que las ciencias puras viven el paradigma de la complejidad, en el que se niega un mundo con leyes comprensibles y predictivas y se apunta a las descripciones y explicaciones multicausales, es importante recordar que no es incompatible buscar la simplicidad para el análisis con comprender la complejidad del mundo. Incluso desde la visión del filósofo del paradigma de la complejidad, Edgar Morin, del mundo como un todo indisociable, la simplificación es totalmente necesaria, como él mismo afirma, no para sustituir la multidimensionalidad de la realidad, sino para comprenderla mejor en cada una de sus partes. Felson, quien siempre se ha referido a su teoría como un *approach*, estaría, pues, conforme con Gastón Bachelard en que “Lo simple no existe, sólo existe lo simplificado”. Precisamente por eso, para comprender el complejo fenómeno del crimen, hay que simplificar sin quedarnos en una única visión explicativa.

Es por ello, por superar la que era una única visión de la criminalidad centrada en las motivaciones y psicología del agresor, por ese ánimo de entender mejor el mundo, esa comprensión de la capacidad de la ciencia para ver más, expresar mejor, y poder actuar, por lo que, a mi parecer, y para ir finalizando esta Laudatio, se justifica más que sobradamente el nombramiento como “Honoris Causa” del Profesor Marcus Felson. Y es esto también lo que explica el inmenso orgullo y felicidad personal que siento en este momento. Si son indulgentes y me perdonan personalizar, yo me enamoré de la Universidad por personas como Marcus Felson y por actos como éste. De hecho, creo que ser parte de un acto de “Honoris Causa” es el sueño de todo joven profesor de Universidad. No el de recibirlo, sino el de ser padrino, el de acompañar al hombre que merece los honores. Ese sueño, que tuve, y que se forjó viendo a otros “Honoris Causa” en todo el mundo, se cumple hoy aquí, para mí, pero de una forma algo inesperada: están los guantes, el birrete y todo lo demás, están los méritos indiscutibles y el prestigio esperados, pero hay algo que no imaginé. Ser padrino de un hombre tan importante para el estudio y la prevención del crimen, de un hombre tan magnífico, tan inteligente y, sobre todo, tan bueno, y tan amigo de sus amigos, como Marcus Felson.

Querido Rector, queridos compañeros del Claustro de Doctores de la Universidad Miguel Hernández, queridos compañeros representantes de la investigación criminológica en España que hoy nos acompañáis, recibid en vuestro seno a un gran pensador, a un gran científico, a un gran universitario, Marcus Felson.

Muchas gracias.